

GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN LORA DE ESTEPA

Manuel Enrique Marín Rivas

Lo que sigue son los testimonios de decenas de mayores, en algunos casos fueron protagonistas directos de la contienda y en otros fueron los primeros receptores de lo vivido en el verano del 36. No puedo dejar de señalar el miedo, después de 70 años, de algunos por hablar de entonces. Nadie imaginaba que lo que sucedió ocurriría nunca, creyendo que hoy en día se podría volver a repetir. Prueba es que en algunas casas antiguas aún se conservan emparedados pistolas y fusiles Máuser de la época.

Echareis de menos el nombre de los represores, no creo que sea cuestión de rebrotar viejos odios y venganzas entre familias y vecinos, sino más bien de dar a conocer a nuestras próximas generaciones la realidad de unos hechos que no debieron ocurrir y que nunca debieran volver a ocurrir, sólo el nombre de los tristemente fallecidos cabe como póstumo homenaje.

Los acontecimientos se pueden dividir en: los días previos a la entrada de las tropas, el paso de las fuerzas por Lora, el mes posterior de represión y algunas experiencias de la huida y campos de batalla.

Los días previos a la entrada de las tropas

Sin duda el hecho más significativo de los días previos a la entrada de las tropas fue el apresamiento y posterior liberación del Guardia Civil, del puesto de La Roda, José Carmona Fernández. Éste fue apresado por una patrulla armada del bando republicano que se apostaba en el lugar llamado El Portichuelo. Fue conducido al pueblo y cuando pasaban por el Barrio (hoy calle Álvarez Quintero) se encontraron con un grupo de igualmente armados; un exaltado (vecino de Estepa) quiso directamente matarlo, interponiéndose otros más sesudos, evitándolo y dirigiéndolo a la cárcel local (En el actual Hogar del Pensionista, calle Blas Infante 18). En los días que estuvo encerrado hubo gente que trató bien al prisionero y que luego, cuando entraron las tropas, se encargó de que no tocaran sus pertenencias, salvando, como veremos más adelante, a más de uno de ser fusilado. Otros, sin embargo, no lo hicieron, como un individuo que cada vez que pasaba delante de la ventana de la cárcel que daba a la calle decía: “todavía lo tenéis ahí, matadlo ya”, casualidades o no, éste murió fusilado en la posterior represión. Antes de la entradas de las tropas y temiendo que en su retirada algún

exaltado se le ocurriera ejecutarlo, varias personas lo sacaron por la parte de atrás de la casa (Calle Picasso) trasladándolo en coche a Estepa, salvándolo de una muerte casi segura.

De un tiempo atrás, el clima de convivencia estaba bastante enrarecido, se producían muchos requisamientos de ganado y productos agrícolas a apoderados y a otros que no lo eran tanto, como algunos hortelanos que les costaba sacar adelante a su familia y sin ningún criterio llegaba el Comité y se lo llevaban casi todo.

En estos días previos, los republicanos hicieron acopio de víveres y de armas, requisaron también ganado en varios cortijos. Eran días de confusión con patrullas locales por todos los caminos de Lora. Fue el intento de robo de varias armas en una casa apartada del pueblo, por parte de una de estas patrullas, lo que posteriormente hizo que parte de ellos, los que fueron sorprendidos, fueran fusilados, al ser acusados por el dueño del lugar.

Hay que señalar que faltando ya pocos días comenzó a producirse la huida de muchos loreños, que temiendo lo que se les venía encima y que por su cercanía con las ideas de la izquierda, decidieron huir hacia Málaga y Granada. Algunos aguantaron hasta última hora y sólo al ver las tropas huyeron. Ciudadanos de otros pueblos, sobretodo de Estepa, hicieron noche en el refugio de las huertas y cortijos de Lora para seguir la huida más descansados y con algo de comida en el estómago. Destacar el paso por una de estas huertas del padre del ilustre alcalde de Estepa llamado el Niño Anselmo y quizás de éste también.

El entonces Alcalde, D. Antonio Cano, refugió al cura en su casa y guardó la llave de la Iglesia ante el temor de la llegada de milicianos republicanos, como efectivamente ocurrió. Un grupo de radicales armados venidos de La Roda llegaron con la idea de quemar la iglesia, varios vecinos se interpusieron, entre ellos el Sr. Del Pozo, secretario del Ayuntamiento, que estando provisto de una pistola disuadió al grupo de la quema.

Otro hecho a mencionar en estos días es el combate que hubo en la zona del Puntal entre republicanos venidos de Puente Genil y partidarios del Alzamiento, en él resultó herida Cándida Blanco Robles, mujer del que después fuera elegido alcalde, Eloy Muñoz. Más adelante, a consecuencia de esas heridas resulto muerta.

El día 28 de Julio, o sea, el día antes de la entrada de las tropas, cayeron dos bombas en el centro del pueblo, ambas en la calle San Miguel. Fueron lanzadas por una avioneta que con toda probabilidad pertenecía al Aeroclub de Sevilla. Recorría la calle San Miguel de Sur a Norte. La primera cayó entre los números 21 y el 23, justo enfrente del número 20, donde se ubicaba el local de reunión y ocio (contaba con un bar) sede del Partido Socialista. Las consecuencias fueron trágicas, en el acto murió José Pedro Bancalero Muñoz de 16 años, y dos hermanos, Francisco Muñoz Díaz de 3 años y Carmen Muñoz Díaz de 7, sufrieron graves quemaduras que le provocaron la muerte posterior. La agonía del mayor duro hasta altas horas de la madrugada, acurrucado por el dolor de todo su cuerpo quemado, con el simple alivio de la compañía de sus familiares que sin medicinas ni recursos sólo pudieron darle agua, limpiarle las heridas y secarle la espuma que brotaba de su boca.

A causa de la metralla, sufrieron también heridas: la madre de los niños, en las manos y una niña de corta edad, en el cuello.

Otra niña que además de perder el oído, perdió el pelo de la impresión que le produjo el verse envuelta en llamas, las secuelas psicológicas del suceso las arrastra hasta la actualidad.

El hecho de que afectara a tanta gente, y más que podían haber sido víctimas, ya que la calle estaba llena, era el porque no se acostumbraba a ver avionetas en esa época, así que la gente y sobretodo los niños, incluso se asomaron a saludar al mortal aparato, después del primer impacto, que fue el que ocasionó las víctimas, la gente huía despavorida sin saber a donde, para los caminos, las huertas... La segunda cayó a la altura aproximada del número 40 sin consecuencias.

Hay que mencionar la participación activa estos días de Miguel del Pozo Romero (el Secretario del Ayuntamiento): evitando la quema de la iglesia, ayudando al traslado del Guardia Civil llamado Carmona a Estepa, discutiendo con miembros del Comité por la colocación de una bandera blanca en su balcón etc. (Olaura II: 12 de Noviembre 1939).

Ante la inminente entrada de las tropas hubo gente que optó por quedarse, otros se fueron a las sierras, otros a cortijos y otros tomaron camino dirección a Málaga o Granada. Por el camino de Santiago hacia el Portichuelo pasaban familias enteras con los niños y la cabrilla o el cochino asfixiado por el alto ritmo de los pasos de sus dueños. A su paso por las huertas iban también aprovisionándose para el camino, dejándolas arrasadas.

De los que optaron por quedarse muy pocos eran los que estaban tranquilos. Otros aunque intranquilos no esperaban que les sucediera nada grave simplemente por haber opinado o participado en ciertos actos o ser simpatizantes de uno u otro partido, ¡cuan equivocados estaban!

Muchas son las historias de la huida ante la inminente llegada de las tropas, entre ellas la de una familia que habiendo sido acogedora de refugiados en su huerta, llegó el momento en que tuvieron que ser ellos los que tenían que huir, y cruzando las sierras llegaron a Sierra de Yeguas, a unos 23 kilómetros de Lora, los niños llegaron con las alpargatas destrozadas y todos con el lógico cansancio y hambre. Unos vecinos de este pueblo, desinteresadamente, y con el peligro que ello conllevaba, los acogieron, les dieron de comer y los calzaron, para seguir, a continuación, su camino hacia Málaga.

El paso de las fuerzas

El miércoles 29 de Julio de 1936 entraron las tropas en Lora. La mayor parte, por no decir todos, de los dirigentes de los partidos de izquierdas huyeron.

El balance de muertes de la guerra, probablemente no hubiera sido tan desastroso si se hubieran limitado a las que se produjeron por el pase de las tropas por el pueblo. La

mayoría de las muertes de estos días se produjeron como consecuencia de las purgas políticas, orientadas, la mayoría, por acusaciones de vecinos del pueblo.

El frente comandado por el comandante del Tercio Don Antonio Castejón venía de Sevilla dirección Málaga para controlar los nudos ferroviarios de La Roda y Puente Genil, que estaban siendo utilizados por los republicanos para llegar a la zona desde Málaga. Consistía en una columna de cientos de vehículos entre camiones, blindados, cañones etc. (por los testimonios de la gente, al parecer no eran tantos los vehículos) circulando lentamente por la carretera y una fila de miles de soldados perpendicular a la carretera que abarcaba varios kilómetros. La tropa estaba formada por españoles y marroquíes. Recuerda un niño de la época que eran legionarios con bilbaínas rojas (probablemente se refería al grupo de los Requetés, los únicos a los que se les permitió llevar ese color en el bando Nacional). El avance era lento pero sin pausa, cuando llegaban a un pueblo arrasaban con él durante varios días, se aprovisionaban, dejaban varios guardias de asalto para la escabechina posterior y se volvían a incorporar a la columna.

El ABC, diario doble de guerra, con la firma de M. Sánchez del Arco y con fecha de redacción de 31 de julio de 1936, describe el paso de las tropas por la Comarca de la manera que reproduzco tal cual, con una salvedad de la aclaración que hago del error en el día de entrada de las tropas en Lora que fue el día 29 y el redactor de la noticia se confunde volviendo a poner día 28:

“Frente al terror rojo en los campos de Andalucía

Con la columna Castejón. Notas a paso ligero

Día 28. No tengo reposo para escribir una crónica. Vamos en aire de guerra con una columna ligera, que tiene por misión sofocar los focos de rebelión roja. Durísimas las jornadas, apenas si queda tiempo para reposar unas horas, en espera de un nuevo salto sobre pueblos en los que siempre hallamos a nuestra entrada la huella del estrago, unos cadáveres de personas atormentadas y las ruinas humeantes de iglesias y moradas de personas que no eran afectas al Frente Popular.

En la mañana del martes 28 se concentra la columna motorizada que manda el comandante del Tercio don Antonio Castejón. Marcha íntegramente la quinta bandera, con todos sus elementos; los Requetés, Falange, guardias de Asalto, carros blindados, Artillería, Ingenieros y Sanidad. Una fuerte columna, ágil y bien dotada.

Partimos del puente de Triana. Por la noche alcanzamos la carretera de Carmona. Ya describiremos el viaje, ya hablaremos de las personas que figuran en esta empresa.

Osuna y Aguadulce

Avanzado el día llegamos a Osuna, recién pacificada. Huellas de la lucha. El pueblo estuvo en arma. Recogemos unos presos y seguimos hacia Aguadulce. Sobre

Osuna intentaron un golpe de mano la noche anterior marxistas malagueños. Fueron rechazados fácilmente, pero el comandante Castejón deja instrucciones al Capitán Hinojosa para que el caso no se repita.

En marcha bajo el terrible sol hacia Aguadulce. Los vecinos han huido. Casas cerradas, desolación. En la casa cuartel los guardias, el médico y unos vecinos pacíficos.

Se dejan refuerzos y nombran autoridades, y seguimos hacia Estepa. Aviación nos arroja un parte que señala el camino despejado. En Estepa nos aguardan ansiosamente; conocen los horrores de que Puente Genil ha sido teatro y temen que lleguen tarde para evitar el estrago. Las personas de orden han pasado unos días amarguísimos.

A la entrada se disparan unos cañonazos sobre los crestones que dominan el pueblo. Los rojos han huido. La sola presencia de la columna ahuyenta a los marxistas.

Entramos en Estepa cuando ya es noche cerrada. Como en Osuna el recibimiento es un desbordamiento de sentimiento españolista. La columna pernocta aquí. Los rebeldes cortaron la conducción del fluido eléctrico, pero no importa. Se vigila y se vive bajo una luz clarísima de luna creciente.

Lora de Estepa. La Roda

Día 28 (debería haber puesto día 29). Al romper el día emprendemos la marcha hacia Lora de Estepa. Pronto queda ocupado el bello pueblecito tendido entre huertas. Unos tiros sueltos, nada. La 17 Compañía hizo una amplia maniobra para envolver el pueblo, y los rebeldes comprendieron que la resistencia sería inútil y huyeron hacia la Sierra de Málaga, después de concentrarse en La Roda.

Lora quedó casi desierta cuando supieron que se aproximaban las fuerzas huyeron a la sierra, las huertas, las cuevas... los dirigentes políticos llevaban varios días dejando Lora.

La oposición militar republicana en Lora consistió en la colocación de unos carros y otros objetos en forma de barricada en el lugar llamado Las Cruces (junto a la nueva portada de la cooperativa de aceite).

Unos niños imprudentes le tiraban piedras a un avión que sobrevolaba el campo de enfrentamiento, quizá como gesto de rabia por lo sucedido el día anterior.

Cuatro fueron las víctimas por el choque con las fuerzas, la primera fue un miliciano llamado Antonio que, encaramado a un olivo del monte Hacho, vigilaba la llegada de las tropas, recibió un disparo mortal. Había sido enviado junto a otros que, al ver llegar tal número de soldados, huyeron; éste prefirió permanecer en su puesto hasta el final.

Otra víctima fue Antonio Robles Quesada que fue tiroteado cuando huía portando una escopeta en la mano a la altura de la antigua fábrica Moro en dirección al Cortijillo, su casa.

Las otras dos víctimas mortales fueron dos ancianos, Isidoro Recio Chía (le llamaban El Duque y parece ser que tenía fuertes ideales de izquierdas y con cierta educación que le hacía ser peligroso para los nuevos dirigentes) y José Cano, amigo del primero. En la casa llamada el Jardín de la Plaza España, quisieron hacer frente a un ejercito, más con ideas que con armas, los cuerpos fueron encontrados junto a la chimenea, uno encima de otro, formando una cruz.

Las tropas tardaron en salir de Lora dos o tres días, mientras tanto, arrasaron con la comida y las cosas de valor de la mayoría de las casas, se llevaban las gallinas, los conejos, los cerdos, desvalijaban los baúles, sustraían las cuberterías, el oro, los relojes, el dinero.... Se llevaron también una de las primeras radios que hubo en Lora, que perteneció a Don Manuel Sobrinos, por aquel entonces sólo maestro del pueblo, más adelante ejerció de maestro, practicante y alcalde. Las casas que no se encontraban abiertas a base de hachazos la abrían. Aunque llegaron a casi todas las casas, deberían llevar algún tipo de indicaciones, ya que, con unas se ensañaron más que con otras, llegando incluso a quemarlas. En el sentido contrario me cuentan como en una casa que por casualidad había un tricornio de un familiar no la llegaron a saquear.

Hubo casas como la de una vecina de la cárcel donde había estado encerrado el Guardia Civil Carmona, a la que el guardia iba a comer y a hacer sus necesidades, que respetaron los soldados por orden suya, cuando volvieron sus habitantes encontrando las gallinas y los conejos pelados a punto de ser cocinados.

El testimonio de una niña de 11 años que al ver llegar los soldados por el camino de Los Aguilares corrió a refugiarse en su casa junto a su madre y hermanos pequeños, se metieron bajo el hueco de la escalera mientras oían el silbido de las balas pasar, a continuación el silencio y poco después irrumpieron los soldados preguntado por el hombre de la casa, la madre les dijo que era viuda (no era cierto) y que no había hombre en la casa, después de oír que no había hombre en la casa, los soldados quedaron más relajados y ante el insistente llanto del bebe que portaba la madre, preguntaron qué le pasaba al niño, contestándole ésta que con estos días de agitación los pechos le habían dejado de producir leche, entonces el soldado le dijo a la niña de 11 años ven, ésta lo acompañó hasta una tienda de la calle San Miguel que como el resto de las casas estaban siendo saqueada por los soldados, dándole el soldado una caja de galletas y un paquete de azúcar. Cuando llegó la niña con la lógica alegría de los que tenían tanta hambre, la madre le ordenó que tirara al arroyo lo que le había dado el soldado, la hija sin comprender como se podía tirar unos bienes tan preciados, hizo caso a la madre.

Al día siguiente, algunos de los que se encontraban en las sierras se atrevieron a volver, como el caso del padre de la familia anterior. Había pasado la noche en el lugar de la sierra llamado El Tajo y apremiándole el hambre bajó al pueblo, estando ya cerca, a través de un vecino, mando un mensaje a su mujer, ésta, consultó con un dirigente fascista local que le dio vía libre. Ya estando a la mesa con sus hijos y mujer llegaron los soldados y, a punta de

fusil, lo sacaron de la casa, entre el llanto de su familia, para ejecutarlo, sin saber por qué. Por suerte el dirigente fascista llegó a tiempo, liberándolo de las fauces de esos soldados sedientos de sangre.

Varias circunstancias hizo que no se produjeran más muertes, una de ellas ocurrió en el Cortijillo que estando lleno de gente del pueblo que se habían llegado allí a refugiarse, llegaron los soldados “Nacionales” y después de beber agua y disponiéndose a seguir con los registros, una señora con poca sesera en aquel momento, no se le ocurre otra cosa que decir: ¡qué!, ¿habéis matado muchos fascistas hoy?, un soldado, percatándose de la barbaridad que había dicho, le dijo: “cállese señora que si se entera el sargento lía aquí una masacre”, por suerte sólo este soldado se enteró.

Otro incidente con final feliz fue el que se produjo cuando presentándose un grupo de soldados legionarios, en casa de la máxima autoridad provisional en aquel momento del pueblo, el segundo alcalde, le pidieron que les acompañaran y aunque afín a la derecha y al bando nacional, las horas que estuvo fuera de su casa fueron las más duras de su familia. Lo condujeron a la casa que hay junto a la antigua fábrica Moro, que es donde tenían establecido el centro de mando, para darle las pautas a seguir ese día y días posteriores. Pero antes de entrar, en los olivos que había justo enfrente, un padre y dos hijos se hallaban atados cada uno a un olivo, preguntando que habían hecho, le dijeron que habían sido sorprendidos portando hocinos y que, al ser considerados éstos como armas, era motivo de fusilamiento. Tras decirle a Castejón (otros dicen que fue al famoso guardia Carmona, que se unió a la columna en Estepa) que eran taladores y que eran de buena familia, éste accedió a liberarlos.

Una vez tomado el pueblo cogieron el aparato de música del bar que había en el nº 4 de la calle San Miguel y bebiendo, cantando y bailando al ritmo de la música, quemaron la bandera republicana en medio de la calle.

Cuando llegó la noche los soldados hicieron una fiesta en el barrio llamado hoy García Lorca, comiendo y bebiendo alrededor de un fuego y haciendo juegos macabros como correr detrás de un gallo desangrándose por haberle cortado la cresta.

La Represión

Antes de comenzar con la terrible represión fascista hay que mencionar el fusilamiento en Lora del Río, por parte de los republicanos, de Manuel Carmona, músico y guardia civil. Si bien pudieron producirse sucesos parecidos en el bando Republicano, hasta mí no han llegado más noticias que la del señor antes referido.

Entre los fusilados, por parte del Movimiento, se pueden hacer varios grupos, los que fusilaron en Sevilla, los que fusilaron en La Roda, los que fusilaron en la pared del cementerio de Lora y los que fusilaron en otros lugares.

Todos ellos muy jóvenes. El mecanismo casi siempre era el mismo, los guardias de asalto, que había dejado la columna (para encargarse de la represión), eran informados por alguien del pueblo que delataba a su vecino por los más inverosímiles motivos, ya no sólo

políticos, que eran los principales, sino por otros más subliminales como envidias, discusiones anteriores, conseguir concesiones de negocios...

De los fusilados en Sevilla, la mayoría de sus familias aún no han recibido noticia alguna de cuándo, dónde o por qué. Lo último que supieron fue que le daban la oportunidad de librarse de la muerte si accedían a combatir en la guerra del lado "Nacional" y que éstos aceptaron, como es lógico esta noticia corrió como la pólvora por el pueblo, llegando a oídos de un dirigente fascista local que no dudó en llamar por teléfono a las autoridades de Sevilla para advertirle de que "esos eran rojos de los peores y que no podían ser liberados", la llamada surtió efecto pues nunca más se volvió a saber de ellos. Se cree que fueron fusilados en la pared interior de la muralla que hay junto al Arco de la Macarena. Fueron Miguel Rodríguez Borrego, Salvador Máximo Piña Recio, José Mateos Gómez y Antonio Bancalero Cabezas.

Una noche, la mujer de uno de los anteriores y su hermana cogieron un cubo de mierda (con perdón) y encalaron, con ella, la fachada de la casa del dirigente fascista delator.

A Salvador lo sorprendió el dueño de una casa, intentando robar armas, días antes de la llegada de las tropas. Nuevamente la intervención posterior de otro delator fascista, con residencia loreña, tuvo consecuencias fatídicas.

Me dicen que otra de las causas fue que a uno o varios de los anteriores fueron mandados al cruce de la carretera nacional para dar el alto a todo vehículo que pasara por allí, uno de ellos no paró siendo tiroteado y aunque no hubo ningún herido, el ocupante del vehículo, un militar de alta graduación, dio parte a la guardia civil.

A Miguel Rodríguez lo recuerdan porque su padre tenía una huerta muy grande y recogía para trabajar a los jornaleros que no habían sido escogidos en la esquina por los patronos; decía que en su huerta siempre habría un canasto de comida para quien lo necesitara.

Al menos tres veces partió hacia La Roda un camión con gente para ser fusilada.

Una de las veces ocurrió uno de los hechos más deplorables que pudieron ocurrir estos días. Camino de la Roda, no se sabe el motivo, los que iban presos se dieron a la fuga, todos huyeron menos uno de ellos de aspecto endeble que se retrasó en la subida de una linde pronunciada. Los presos eran escoltados, además de por los guardias, por individuos del pueblo afines a los "Nacionales", uno de ellos pidió a otro que le dejara la escopeta y con las palabras de "déjame verás como a mí no se me escapa" le asestó un tiro mortal en aquella mortal linde. Precisamente el que disparó coinciden los comentarios en atribuirle el haber sido muy cercano a los republicanos y en esos momentos podía significar un gesto de peloteo hacia los nuevos dirigentes.

El difunto iba a ser fusilado por el hecho de que días antes del comienzo de la guerra, los republicanos habían confiscado ganado en el cortijo llamado de Hueca y al ser éste

carnicero (en la actual C/Blas Infante nº 3), le llevaron los animales para su despiece, este hombre se llamaba Francisco Gallego Borrego.

Pero de Lora partieron hacia La Roda otros camiones con loreños que tristemente conocieron la muerte. Un niño de la época quiere transmitirnos la imagen de los gritos de una esposa y una madre, entre el silencio sepulcral de la muchedumbre, que aferrándose a su marido e hijo que son subidos al maldito camión, fue acallada con un culatazo de fusil en la boca.

El último viaje del camión de la muerte, del que tengo noticias, llevaba a varios jóvenes, alguno de 16 años. Estando ya en La Roda, preparados para su inminente ejecución, José Chía Jiménez hermano de Manuel, uno de los condenados, buscó al guardia civil antes mencionado Carmona y reconociéndolo como hijo de la mujer de la casa donde iba a comer y a hacer sus necesidades cuando estuvo preso en Lora, en señal de agradecimiento por el buen trato recibido, lo liberó junto con los otros loreños que esperaban la muerte.

Los fusilados en La Roda fueron José Reina Gómez, Eulogio Linares Torres, Antonio Córdoba García y Manuel Fernández Migueles.

De Manuel nos habla su hijo José (apodado Calerito) y nos dice que su padre no era comunista sino socialista y, aunque esa fue la causa de su fusilamiento, él piensa que fue el malestar que tenían algunos propietarios de fincas vecinas a donde él trabajaba, la causa principal de su funesto final. Era encargado en el cortijo de Osorio cuyo dueño (por cierto era un propietario republicano) tenía la concesión del agua del arroyo de Santiago; él tenía que regar las tierras de su jefe, pero los propietarios que lindaban a continuación querían que dejara pasar agua para regar sus cosechas, al negársela se creó importantes enemigos. La noche antes de ser arrestado un guardia del puesto le advirtió que huyera, pero éste le dijo que él no había hecho nada para tener que huir, como otros, no imaginaba a donde iban a llegar los acontecimientos.

En un informe de Don Pablo Cantos Muñoz para el libro "Sevilla fue la clave" de Nicolás Salas (de donde se han recogido el nombre de la mayoría de los mencionados en este apartado), un señor llamado Miguel Aguilar López del que dice fue muerto por aplicación del bando de guerra en La Roda de Andalucía.

En este libro se recoge que en Lora fueron fusiladas dos mujeres, aunque nadie me ha hecho referencia de ello.

Otro dato que nos revela el autor es el número de fusilados, 14 y los huidos y desaparecidos, 47, hasta octubre de 1938.

Me relata una señora ahora octogenaria que estaba en su huerta jugueteando junto a su madre, estaba anocheciendo, cuando en la tranquilidad de la Lora de entonces se oyeron varios estruendos secos, seguidos de un doloroso silencio, tras lo cual, la madre exclamó: ¡ya los han matado!. Para no alarmar a la gente, algunos quisieron difundir el rumor por el pueblo de que el ruido se debía a que habían explotado unos cables de la luz.

Era un grupo de jóvenes que un tiempo atrás habían sido detenidos sin saber muy bien que cargos pesaban sobre ellos, seguramente denunciados por haber colaborado con los republicanos, haber participado en alguna actividad política o haber hecho comentarios de izquierdas en algún momento; ahora denunciados por alguien frustrado por no tener a los máximos dirigentes políticos de la localidad, en aquel momento ya huidos. Durante el día los dejaban libres unas horas, teniendo que ir a dormir al Cuartel por la noche (esto último no está claro, porque un familiar nos cuenta que fue su madre al cuartel a llevarle a su padre de cenar cuando le dijeron que ya no se encontraban allí); se cree que en un gesto, por parte de los militares o los guardias civiles, de no ver delitos graves en ellos y como queriendo decirles que escaparan, muchos vecinos también les decían que lo hicieran; pero ellos decían que por qué iban a huir si ellos no habían hecho nada. En número de fusilados no está claro, en el libro de Nicolás Salas menciona el nombre de cinco, pero uno de esos nombres, además de que coincide con el de una persona aún viva, no lo he podido confirmar con nadie, así que, aunque corriendo el riesgo de que fueran cinco, voy a considerar sólo a los otros cuatro.

Llegó una fatídica tarde en que subieron a los cuatro a un camión y se dirigieron a Estepa donde subieron a otros seis, volviendo de nuevo a Lora, y frente a la pared del cementerio los amarraron unos a otros con sus cinturones y les quitaron la vida.

Entre ellos cabe mencionar a un joven de 18 años llamado Ernesto Robles Brujas (en honor a él es llamado así la calle del Rincocillo) que es recordado por su bondad e inteligencia y que cuando casi nadie sabía leer, él leía el periódico todos los días a quien quería acercarse a la esquina de la calle San Miguel. Un tío suyo, el alcalde, le aconsejaba y casi le suplicaba, que no dijera más que era comunista, negándose siempre a renegar de sus ideas, hasta las últimas consecuencias, su muerte.

Los otros ejecutados fueron Francisco Pachón Valderrama, Manuel Borrego Gil y José Solano Martín.

José venía de su huerta para Lora portando mantas para su familia y una escopeta de caza cuando se encontró con un vecino que le dijo que tirara el arma ya que había oído mucho jaleo por el pueblo y podían estar ya allí las tropas. En efecto, al llegar a la Plaza se tropezó con unos soldados, lo registraron y hallaron unos cartuchos en un bolsillo y, aduciendo a que si había cartuchos es porque había escopeta, fue acusado de subversivo y “sentenciado” a muerte. En aquellos días los motivos para fusilar a alguien parece que no tenían que ser muy importantes.

Francisco Pachón fue descubierto en su casa con unos vales de comida que no había tenido tiempo de repartir días antes (estos vales los repartían entre los pobres para que fueran al Comité a recoger comida).

Varios familiares bajaron al cementerio de madrugada, cuando aún no se veía, encontrando un espectáculo dantesco, cogieron algunos objetos personales como los cinturones, los relojes... y dejaron los cuerpos en el mismo lugar. Por la mañana, los guardias fueron a casa del enterrador, no encontrándolo, éste se había escondido para no tener que

hacer ese trabajo, así que tuvieron que buscar a otra persona que, a la fuerza, tuvo que ir a enterrarlos, este hombre durante algún tiempo no pudo comer ninguna comida que llevara tomate pues se le venía a la mente los trozos de carne y la cantidad de sangre que tuvo que ver en aquella pared maldita. El lugar del enterramiento se sitúa aproximadamente pasando la entrada antigua a la derecha. Seguramente sea una fosa común donde además de loreños haya varios estepeños y desaparecidos de otros pueblos de nuestro alrededor.

Fue Lora un lugar elegido para ejecuciones de habitantes de la comarca en varias ocasiones, sobretodo de estepeños y herrereños. Y fue en un lugar no muy lejos de aquí, en el triángulo que forma la incorporación del camino que va de Lora al Hacho y la carretera nacional (hoy autovía del 92) donde mataron entre 12 y 14 personas de Herrera, produciéndose otro de los hechos más denigrantes que se puedan imaginar y es que, después de las ejecuciones y haberse ido los ejecutores, un dirigente fascista, no nacido en Lora, aunque residente en aquellos momentos en la localidad, se percató de que un fusilado seguía con vida, se dirigió a su casa, cogió un arma, volvió y lo remató. Hay testimonios contradictorios de si fueron o no enterrados allí mismo.

En ese mismo lugar me relatan como después de fusilar y enterar a cinco vecinos de Estepa, sus mujeres y familiares los desenterraron con sus propias manos y les dieron digna sepultura en su pueblo.

Otros lugares fueron funestos destinos de algunos mal aventurados loreños, es el caso de Málaga, donde murieron Pedro Hernández Bascón y Joaquín Borrego Fernández.

Mención aparte merece José Aguilar Moreno que después de acabar la guerra, y volviendo junto con otro loreño (apodado Saltalindes) a su Lora natal, pasó por un pueblo de la provincia de Toledo para ver a una novia que había tenido, allí fue apresado, delatado por la propia novia y fusilado por haber sido comisario de los rojos; el compañero, temiendo que le ocurriera lo mismo, observó escondido el desenlace final de su amigo.

Juan Gil González, jornalero, natural de Lora de Estepa, murió el 28 de agosto de 1936 en El Campillo por acción de las armas militares.

Otro desaparecido fue Joaquín Borrego Castillo (de este señor no sé si murió), labrador y natural de Lora de Estepa, que trabajó de esclavo en el Canal de los presos (Bajo Guadalquivir).

En proporción al número de habitantes, en el conjunto de los pueblos de la comarca, Lora fue de los que más represión soportó. Ésta fue muy dispar, así en Casariche parece ser que gracias a un guardia civil se evitó un baño de sangre. No hubo tanta suerte en pueblos como Herrera con más de setenta fallecidos o en La Roda que, el derribo de un avión y la posterior ejecución de sus dos pilotos, hizo que se ensañaran especialmente con este pueblo. Es difícil calcular con cifras exactas el número de fusilados o donde están enterrados, ya que la estrategia era fusilarlos en un pueblo distinto y sin constancia de ninguna clase para que fuera más difícil calcular su brutal ensañamiento. Se calculan que fueron unos 18 loreños los

fusilados en distintos lugares, de ellos sólo cuatro o cinco en Lora, sin embargo, hay indicios de que en Lora acabaron con la vida de, al menos, 30 personas de otros pueblos.

Otros testimonios de guerra

El cementerio de Lora fue el escenario de fusilamientos en otras ocasiones, el que era enterrador se dirigía una mañana temprano a por leña al Hacho cuando al pasar junto al cementerio encontró cinco o seis cuerpos en la puerta del mismo, regresó a su casa, recogió una azada y volvió para enterrarlos en una fosa común. Sus hijas no lo tienen claro pero creen que fue fuera del cementerio en un lugar donde se echaba escombros. Treinta años más tarde el enterrador conoció por casualidad a un hijo de los que enterró aquel día, indicándole donde estaba su padre enterrado. Esta fue la primera vez que ocurría esto pero no la única, varias veces más fueron a buscarlo para que enterrara a más gente de otros pueblos que habían fusilado, según sus hijas, este no fue nunca más. Más adelante me comentan las hijas que sí que otra vez sí enterró a gente fusilada en el triángulo que forma el camino que va hacia el Hacho con la carretera, entre un chaparro y una alcantarilla.

Hay casos curiosos como el de Bautista Recio Gómez que después de huir a Málaga y luchar en el bando rojo durante toda la guerra (más de 3 años), cuando llegó a Lora fue detenido y llevado al campo de concentración de La Rinconada (según me cuenta él, allí hubo más loreños) donde estuvo un mes y medio, sacado bajo fianza y para seguir con vida, a continuación tuvo que seguir haciendo un servicio militar de otros 4 años más.

El caso de otro soldado que estuvo desde el 38 al 44 (6 años y 7 meses), primero en la guerra y después haciendo el servicio militar.

Hubo mucha gente que huyó en esos días y nunca más se supo de ellos, y de otros que, aunque tarde, sí se tuvo noticias, como el caso de Rafael Chía Jiménez que después de luchar en el bando rojo se refugió en las Alpujarras granadinas, casándose y formando una familia, sabiendo sus padres y hermanos de él, y a través de carta, tres años después de acabar la guerra, pudiéndolo ver por fin nueve años más tarde. Hubo quien no tuvo tanta suerte como el que fue a buscar a su hermano que trabajaba en la estación de trenes de La Roda y se lo encontraron muerto junto a la carretera (no se si fue de un bando o de otro).

Hubo varios casos de hermanos loreños, que pudieron haberse disparado cada uno desde el bando contrario: como el de José Chía Jiménez y Rafael Chía Jiménez, el primero en el bando nacional y el segundo en el republicano.

Otro caso que llama la atención es el de Manuel Rivas Gómez y su hermano Francisco, el primero estuvo 3 años y 9 días en la guerra, o sea, todo lo que duró ésta, en el bando nacional, estuvo en muchas batallas en una de ellas fue herido con metralla en una mano, pero por su significación, duración y crueldad destaca la batalla del Ebro; por otra parte su hermano vino a ver a su familia cuando ya habían tomado Lora, primero lo intentó por Córdoba y no pudo pasar después por Málaga y en Antequera ya no pudo avanzar, murió en un barco hundido por los "Nacionales" cuando saliendo de Valencia, huía en retirada a otro país, probablemente cargado con mujeres y niños.

Había una canción durante la guerra cuyo estribillo viene a propósito que decía:

*Tengo un hermano en los rojos
y otro en los nacionales
los dos se pegan tiros
y la que sufre es mi madre
porque los dos son sus hijos*

En Aznalcóllar mataron, aunque no sé en que circunstancias, a un secretario que fue del Ayuntamiento de Lora durante la República.

Una bala en la cabeza acabó con la vida de Francisco Borrego Robles, del bando “Nacional”, cuando luchaba en las trincheras del campo de batalla en Peñarubia (junto a Campillos).

Fueron muertos también en distintos campos de batalla Manuel Cano Marín, Antonio Segura Cano, Antonio Cano Reina y Francisco Rodríguez Marín. No sé si son los mismos, pero en distintas batallas murieron en el bando “Nacional” los conocidos como “el de Carlos”, “el Rubiales” y “Malpega”.

Manuel Cano Marín Murió a los 21 años al salir de la trinchera del campo de batalla en Teruel (seguramente a finales de 1937 en la famosa batalla de Teruel).

Tuvimos un execrable personaje en Lora que, por entre 6 y 10 pesetas por fusilado, actuó como verdugo en el bando de los “nacionales” durante toda la guerra.

Otro tipo de represión sufrieron mujeres como las que raparon al cero y pasearon por todo el pueblo golpeándolas y burlándose de ellas. Los motivos para tal ultraje, de al menos dos, fue porque habían bordado una bandera (una dice con la hoz y el martillo, otra que con unas espigas) para los republicanos. Un tiempo más tarde, los mismos que antes la habían ultrajado, le “pidieron” a una de ellas que bordara unas mantelerías que habían comprado para un comedor de beneficencia, a lo que tuvo que acceder; se ve que era buena bordadora, bordó para los dos bandos.

Alejandro Muñoz estuvo en la cárcel sólo por el hecho de haber sido alcalde tres meses durante la República. Pudo salir porque hablaron bien de él por haber ayudado a que no quemaran la iglesia.

(El texto pertenece a un capítulo del libro de **Manuel Enrique Marín Rivas: Olaura III, Historia de Lora de Estepa**. Diputación de Sevilla, 2006)